

**COMO EN SANTIAGO**  
**(Comedia de costumbres en tres actos)**



DANIEL BARROS GREZ  
**COMO EN SANTIAGO**

© Pehuén Editores, 1986  
María Luisa Santander 537  
Providencia, Santiago, Chile  
Fono: (56-2) 225 62 64 - 204 93 99  
editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 65.745  
ISBN 978-956-16-0150-5

Primera edición, diciembre de 1986.  
Décima primera edición, mayo de 2007.

Diseño y diagramación  
*Pehuén Editores*

*Más información, actividades sobre este libro y otras lecturas recomendadas por edad en "Motivación para la lectura", [www.pehuen.cl](http://www.pehuen.cl)*

*Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.*

Impreso en los talleres de  
*Imprenta Salesianos S.A.*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



## NOTA DEL EDITOR

La presente edición de *Como en Santiago* sigue la publicada en 1975 por Editorial Nascimento, la que a su vez se basa en la aparecida en la *Revista de Chile*, del año 1885. Esta es la segunda y definitiva del autor.

El editor y prologuista de la cuidadosa edición de Nascimento, Ignacio Ossa Galdámez (1943 - 1975), quiso retomar la obra en sus orígenes mismos e incluye parlamentos que después fueron eliminados por la versión escénica del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, por considerarlos reiterativos e innecesarios. Aun cuando estos cortes están plenamente justificados, los incluimos en esta edición de



## PERSONAJES

Don MANUEL, hermano de  
Doña Ruperta, mujer de  
Don VICTORIANO, padre de  
DOROTEA, prometida de  
SILVERIO, hijo de don Manuel.  
INES, sobrina de don Victoriano.  
FAUSTINO, amante de Dorotea.  
Un escribano.  
Un receptor.



*(La escena pasa en la capital del departamento de Z, en casa de don Victoriano. El lugar de la escena es una sala modestamente amueblada, con dos puertas laterales, y una puerta y una ventana en el fondo, que dan a un patio exterior).*

## **ACTO PRIMERO**

### **ESCENA I**

*Inés.*

*INÉS: (Entretenida en su costura canta una canción cualquiera).*

### **ESCENA II**

*Inés, Doña Ruperta.*

**DOÑA RUPERTA:** ¡Inés! ¿Qué bulla es esa?

**INÉS:** Cantaba, tía, para entretenerme y hacer menos pesado mi trabajo.

**DOÑA RUPERTA:** ¡Sí!, pero debieras tener presente que tu prima está durmiendo.

INÉS: Como ya es tarde, creía que Dorotea se hubiera levantado.

DOÑA RUPERTA: ¿Y cómo piensas, inconsiderada muchacha, que una niña tan delicada y tan nerviosa como mi hija, haya de levantarse antes de las once del día? ¿Has olvidado que estuvimos anoche en el baile con que este pueblo festejó a nuestro simpático diputado?

INÉS: \* ¡Pues por eso mismo, tía mía, por lo mismo que Dorotea es débil y enfermiza, no debería recogerse tarde!

DOÑA RUPERTA: ¿Qué dices?

INÉS: Que acostándose temprano, podría Dorotea levantarse también temprano.

DOÑA RUPERTA: ¿Y quién te mete a ti venir con reglas sobre lo que no entiendes? ¿Qué sabes tú de bailes y de recogidas temprano o tarde?

INÉS: Nada sé de eso, tía; pero...

DOÑA RUPERTA: ¡Sabe que mi hija se levanta a la hora que le da la gana, porque es rica, y tiene con qué darse gusto!

INÉS: Pero, tía, cálmese usted: yo no he dicho eso, sino porque...

DOÑA RUPERTA: ¡No faltaba más sino que tú vinieras a enseñarme a mí las reglas del buen tono; a mí que he nacido, que he crecido en Santiago, y que crío y educo a mi hija como conviene a una persona de su clase! ¿Te parece que en Santiago se va a un baile a prima noche, para recogerse a horas de cenar? ¡Pobre muchacha provinciana! Venir a enseñarme estas cosas a mí, que acabo de hablar con él... Si tú lo hubieras oído hablar anoche, habrías comprendido...

INÉS: ¿A quién tía?

\* (*Aparte*). ¡Vaya si lo habré olvidado, cuando no quiso llevarme!

DOÑA RUPERTA: ¿A quién ha de ser sino a nuestro simpático diputado, don Faustino Quintalegre, que anoche estuvo divino?

INÉS: ¡Ah!

DOÑA RUPERTA: ¡Qué talento de hombre! ¡Qué maneras distinguidas, qué aire tan cortesano, qué movimientos tan elegantes, y sobre todo, qué galán con las niñas! No se separó, en todita la noche, de Dorotea, y bailó ocho veces con ella.

INÉS: ¡Ocho veces!

DOÑA RUPERTA: Sí, sí; ocho veces. Las llevé en cuenta, con las cuentas de mi rosario.

INÉS: Todo eso podría ser, tía; pero ¿quiere que le diga una cosa?

DOÑA RUPERTA: ¡Habla!

INÉS: Es que usted le está metiendo a mi prima mucho más bulla que yo.

DOÑA RUPERTA: Es verdad, que como tengo una voz tan vibrante, según me dijo anoche Faustino... ¿Sabes tú lo que significa esta palabra vibrante? El también me lo explicó... ¡Ah!, voy a ver si esa pobrecita duerme. Es tan nerviosa como yo cuando tenía su edad. (*Vase*).

### ESCENA III

*Inés. (Llorando).*

INÉS: ¡Ah, pobreza! ¿Quién no te debe su desdicha? ¡Madre mía! Cuando al morir me entregaste a mi tío don Victoriano, creíste haberme dado un padre y moriste tranquila...

No me quejo de mi tío; pero su mujer...\* ¿Por qué se te parece tan poco, madre mía? ¡Ah!, si tú vivieras; si yo pudiera abrazarte como en tiempos más felices.\*\* Yo te diría: madre mía, amo a un hombre, ¡y ese hombre se casará bien pronto con mi prima!, y tú llorarías conmigo; y tus caricias consolarían mi pobre corazón, mientras que ahora... *(Se pone la cabeza entre las manos, con muestras del más profundo dolor)*.

#### ESCENA IV

*Inés, Dorotea. (Vestida fantásticamente).*

DOROTEA: ¡Inés! ¡Inés! ¡Qué desgracia la mía! Yo quisiera llorar, pero no puedo...

INÉS: ¿Qué tienes, Dorotea?

DOROTEA: Mis lágrimas se resisten...

INÉS: Pero dime, ¿qué es lo que te pasa?

DOROTEA: ¡Y la frialdad con que me lo preguntas! *(Aparte)*. Estas almas vulgares no saben sentir. ¿No echas de ver por mi semblante, el profundo dolor que me abrumba?

\* ¡Esta mujer a quien me veo en la necesidad de dar el título de hermana de mi madre!

¿Por qué me ha de estar echando todos los días en cara mi pobreza, como si yo tuviera la culpa de ser desgraciada? ¡Tú, que estás en el cielo, madre mía, ruega por tu hija, por tu Inés, cuyos más íntimos pensamientos conocías!

\*\* ¡Yo te diría al oído mi desdicha!

INÉS: Pero yo quisiera saber...

DOROTEA: ¡Ah!, si el cielo te hubiera dotado de mi exquisita sensibilidad, habrías adivinado en mis ojos, y hasta en la inflexión de mi voz, este cruel dolor que me atormenta. Pero te lo diré, ya que es necesario ¿Te acuerdas del peinador de cuerpo entero que mi papá me encargó a Santiago?

INÉS: Sí, me acuerdo.

DOROTEA: Pues bien, cuando esperábamos que había de llegar en estos días, recibió anoche mi papá una carta, en la cual le dicen que la carreta que lo traía se ha quebrado en el camino.

INÉS: ¿Y no es más que eso, Dorotea?

DOROTEA: ¿Y te parece poco, Inés, el encontrarme sin peinador, ahora que tanto lo necesito? ¡Ah!, si tuvieras mi sensibilidad, me comprenderías. ¡Mi peinador de cuerpo entero! *(Llora)*.

INÉS: Cálmate, prima mía. Si ese espejo se ha quebrado, mi tío te encargará otro.

DOROTEA: *(Con un imperioso movimiento de niña antojadiza)*. Es que yo lo necesito ahora, porque es preciso que le parezca bien... Y ¿cómo puedo parecerle bien, si no puedo vestirme ni adornarme con exquisita elegancia? ¡Compádecete, Inés, de mi desgracia!

INÉS: No te aflijas, Dorotea...

DOROTEA: Véome obligada a vestirme delante de un espejito de estos que no parece sino que se están riendo de una, pues en vez del retrato, se ve allí la caricatura. ¡Oh!, ¡es un martirio horrible!... ¿Cómo he de poder presentarme ante mi pretendiente?

INÉS: ¡Pero, Dorotea, oye, por Dios! Tu amante es un joven que te ama, no por los adornos postizos de tu cuerpo, sino por

las cualidades de tu alma...

DOROTEA: ¡Es que tú no lo conoces, Inés! No hay hombre más apasionado por la belleza que él; y tiene un alma tan sensible, que hasta un lazo de cinta mal colocado le da mal de nervios. El mismo me lo dijo anoche. Figúrate que, estando para casarse en Santiago...

INÉS: ¿El?

DOROTEA: Oye. Al tiempo de ponerle las bendiciones, notó que la novia llevaba guantes de color patito, por lo cual dijo redondamente *no*, y dejó a la tal novia plantada, delante de todos sus parientes.

INÉS: ¡Dios mío! ¿Estoy soñando?

DOROTEA: Para que aprenda a manejarse como debe... Así sería ella de ignorante...

INÉS: ¡Pero eso es increíble, Dorotea!

DOROTEA: Y sin embargo, nada es más natural. Si tú estuvieses dotada de mi delicadeza de sentimientos, comprenderías la enormidad de aquella falta. ¿Cómo crees que un hombre de corazón se case con una mujer que, en el acto más serio e importante de la vida, se atreve a presentarse con guantes color patito? ¡Esa mujer no sabe amar!

INÉS: Si eso fuera cierto, creería que Silverio estaba loco, cuando...

DOROTEA: ¡Silverio! ¡Ja, ja, jaa! ¿Tú crees que te hablo de Silverio!

INÉS: Así lo pensaba, Dorotea. ¿No es Silverio el amante preferido por tu corazón, y al cual tus padres te tienen prometida por esposa?

DOROTEA: Es verdad que existe ese compromiso, pero he comprendido al fin que mi corazón no podrá nunca amar a un hombre tan vulgar como Silverio...

INÉS: ¡Ah! (*Aparte*). ¿Será verdad?

DOROTEA: Bien claro se lo demostré anoche.

INÉS: Y entonces, ¿quién es?

DOROTEA: ¿El rival favorecido? Es Faustino Quintalegre, el héroe del baile de anoche.

INÉS: ¿Ese caballero recién llegado de Santiago?

DOROTEA: El mismo, Inés, el mismo. No me dejó en toda la noche. ¡Qué joven de tanto talento! Por eso el gobierno lo mandó elegir diputado por este pueblo. ¡Qué amabilidad! Bailó conmigo ocho veces, por lo cual todas me miraban con envidia. Yo creo, Inés, que será un marido modelo, porque viste como un figurín, habla y baila como un figurín... Mira tú si una mujer de mis sentimientos no gozará al lado de un hombre tan fino, tan delicado...

INÉS: Y tan figurín...

DOROTEA: ¡Así es! ¿No es verdad, mamá?

## ESCENA V

*Dichos, Doña Ruperta.*

DOÑA RUPERTA: Dices bien, hijita. ¿Qué era lo que decías?

DOROTEA: Le estaba contando a Inés mi conquista de anoche.

INÉS: Pero ¿cómo has podido adelantar tanto, Dorotea, en una noche?

DOROTEA: Es que un joven como Faustino hace, en una noche, lo que otros en un año: porque no creas tú que él me hablaba así como suelen hacerlo los mozos de provincia, que se andan por las ramas, y que es necesario que una les ayude.

¡No, no! Me hablaba como en Santiago, clarito como el agua, pues es joven educado que sabe decir las cosas con una claridad encantadora; y aunque una se defiende, él porfiña sin descanso, hasta que la hace decir a una todo lo que él quiere. En el segundo baile, ya yo le había correspondido, sin quererlo, a sus apretoncitos de mano, dados, eso sí, con la más exquisita delicadeza. En el tercero, me hizo suspirar más de dos veces; en el cuarto, tuve que mirarlo fijamente, para reprocharle su atrevimiento; pero no acabó el quinto, sin que yo hubiese vuelto a mirarlo, para manifestarle mi desenojo ¿Para qué he de decir más sino que en el sexto, me arrancó más de cinco *síes*, y que antes de llegar al octavo, nos habíamos jurado un amor eterno?

INÉS: No se puede negar que el negocio marchó algo de prisa,

DOROTEA: Al vapor, niña, al vapor, como sucede en Santiago.

Allá se marcha al vapor en los asuntos amorosos. ¡Con decirte que si un matrimonio no se realiza en un mes, contados desde la primera conversación de los amantes, ya se pone aquello fiambre y de mal gusto!

DOÑA RUPERTA: Así mismo es; y hay matrimonios que en una sola noche de baile, se arman, se desarman, pelean los novios; vuelven a reconciliarse, y se casan al otro día...

DOROTEA: No importa. Así es como una mujer ha gozado en una semana, una vida entera de ilusiones.

INÉS: No comprendo, Dorotea, cómo es que...

DOÑA RUPERTA: No te admires, Inés; esas son maneras de la alta sociedad, que tú no sabes porque no has estado en Santiago.

DOROTEA: No se canse en balde, mamá. No todas las almas tienen las mismas tendencias. Inés piensa de un modo y yo de otro; y no puede ser de otra manera, porque las dos

tenemos diversa manera de pensar. Esto es claro. Yo he nacido para la alta sociedad; un marido de provincia me mataría, y desde anoche sueño con los paseos, bailes y tertulias de Santiago. Mi alma estaba aletargada, cuando creía amar a Silverio, quien jamás me ha expresado su pasión con aquel fuego, aquella gracia, aquel sentimiento, en fin, de Faustino Quintalegre.

DOÑA RUPERTA: Es que Faustino te dice eso como se dice en la capital.

DOROTEA: Así es que estoy resuelta a no acordarme más de Silverio.

INÉS: ¿Y tu palabra empeñada? ¿Y el amor que le has jurado a ese mozo?

DOROTEA: ¿Y crees tú, pobre Inés, que una mujer que empeña hoy su palabra, ha perdido la libertad de desempeñarla mañana?...

DOÑA RUPERTA: ¡Eso sí que no! La mujer tiene derechos inalienables, y el más santo de todos esos derechos es el de anular mil *síes* con un solo *no*.

DOROTEA: Sobre todo cuando a ello nos obliga este tirano que llevamos dentro del pecho.

DOÑA RUPERTA: Tales son las leyes que rigen al gran mundo.

DOROTEA: Así me lo explicó Faustino anoche. Hablando con él, me parecía estar en Santiago. Ya se ve. El también me dijo que yo era una verdadera santiaguina.

INÉS: ¿Y si mi tío quisiera obligarte a que le cumplieses la palabra a Silverio?

DOÑA RUPERTA: ¡No la obligaré, porque aquí estoy yo!

DOROTEA: ¡Ah! Si mi papá fuera tan cruel que me obligase a casarme con un hombre que no sabe ponerse la corbata, me moriría...